

nos perdonarian ustedes su descalabro de Sedan? ¡Nunca! Si ahora hiciésemos la paz, ustedes volverían a renovar la guerra tan pronto como pudieran, de aquí a cinco ó diez años. Esta sería toda la gratitud que podríamos esperar de la nación francesa. Muy al contrario de la Francia, somos nosotros una nación honrada y pacífica que nunca se siente tentada por la ambición de conquistas y que no desearía otra cosa sino vivir en paz, si ustedes no se pusiesen constantemente en medio con su prurito de luchas y extralimitaciones. Ahora ya basta. Es menester castigar á la Francia por su vanidad y su eterno espíritu provocador. Nosotros queremos consolidar ante todo la seguridad de nuestros descendientes y para esto necesitamos un glacis entre la Francia y nosotros; necesitamos un territorio, plazas, fuertes y fronteras que nos defiendan para siempre contra toda sorpresa hostil de la parte de Francia.»

A esto repuso Wimpffen que la nación francesa ya no era lo que había sido el año 1815, y no debía formarse juicio de ella por los versos de algunos poetas y por los artículos de algunos escritores de periódicos. Gracias al bienestar que el imperio había difundido se habían dedicado todas las inteligencias á la especulación, á los negocios, á las industrias y las artes. Cada individuo trataba de aumentar su bienestar personal, y todos pensaban más en sus intereses particulares que en la gloria. En Francia todo el mundo estaba á punto de proclamar la fraternidad de los pueblos. El odio hereditario entre Francia é Inglaterra había desaparecido completamente, tanto que los ingleses eran entonces los mejores amigos de la Francia; y de la misma manera se harían los franceses los mejores amigos de Alemania, si ésta se mostrase generosa y no volviera á encender pasiones apagadas con una dureza inoportuna.

Al llegar aquí le interrumpió Bismarck diciendo: «No, la Francia no ha cambiado; ella misma ha querido la guerra, y para halagar en su interés dinástico este prurito de gloria nacional, nos ha retado Napoleón III. Ya sabemos que la parte racional y prudente de la nación no ha excitado á la guerra, pero ha admitido con gusto la idea de hacerla; y también sabemos que el ejército no nos profesaba tanta enemistad como aquella parte de la Francia que quería la guerra, y que es justamente la que hace y derriba los gobiernos, es decir, la plebe y los periodistas, á los cuales queremos castigar, y por esto hemos de ir á París. ¿Quién sabe lo que sucederá? Quizás se forme en este país un gobierno que nada respete, que haga las leyes á su capricho y que no reconozca el convenio de rendición que usted firme á nombre del ejército; quizás se constituya un gobierno que obligue á los oficiales á faltar á la palabra que nos hayan dado, porque indudablemente querrá defenderse este gobierno, cueste lo que cueste. Ya sabemos que en Francia se hacen soldados muy de prisa; pero soldados bisoños no equivalen á soldados aguerridos, y lo que sobre todo no se improvisa es un cuerpo de oficiales y aun de sargentos. Nosotros queremos la paz, pero una paz duradera y en las condiciones que les tengo á ustedes indicadas, para lo cual debemos poner á la Francia en la imposibilidad de resistirnos. La suerte de las batallas ha puesto en nuestras manos los mejores soldados y los mejores oficiales del ejército francés, y restituirles voluntariamente la libertad para verles marchar de nuevo contra nosotros, sería una demencia; sería prolongar la guerra y pecar contra el bienestar de nuestros pueblos. No, mi general; por mucho que sintamos vuestra situación, por halagüeña que sea nuestra opinión acerca de ese ejército, no podemos acceder á vuestra exigencia y no podemos cambiar nada á las condiciones que se le han puesto á usted.» A esto contestó el general Wimpffen con dignidad: «Pues bien, entonces me es

también imposible firmar semejante capitulación y volveremos á empezar la batalla de nuevo.»

Entonces tomó el general Castelnau la palabra y dijo con voz entrecortada: «Creo que ha llegado el momento de cumplir el encargo del emperador.» «Estamos escuchando á usted, mi general,» dijo el conde de Bismarck. «El emperador, continuó entonces Castelnau, me ha encargado observar á S. M. el rey de Prusia que él le ha enviado su espada sin condiciones y que se ha entregado á su merced personalmente, pero solo con la esperanza de que el rey se conmoviera por esta entrega incondicional; que apreciara este sacrificio en su verdadero valor, y que en su vista concediera al ejército francés una capitulación más honrosa, como la ha merecido por su valor.»

Cuando hubo acabado, le preguntó Bismarck: «¿Es esto todo lo que tiene usted que decir?» A lo cual contestó el general francés afirmativamente y Bismarck continuó preguntando: «¿De quién es, pues, la espada que el emperador Napoleón III ha entregado? ¿Es la espada de la Francia ó la espada particular de Napoleón? Si es la espada de la Francia, pudieran suavizarse notablemente las condiciones y el mensaje de usted adquiriría una importancia especial y extraordinaria.»

«Es únicamente la espada del emperador,» contestó el general francés.

«En ese caso, repuso el general Moltke, no se cambia nada en las condiciones respecto de la Francia; pero al emperador se le concederá por su persona cuanto pueda pedir.»

La carta del emperador no era, pues, sino una estratagemata para explotar la generosidad del rey Guillermo. El rey Guillermo si no se hubiera descubierto el verdadero sentido de la carta, habría podido creer que la Francia estaba rendida á sus pies, lo cual hubiera valido un buen sacrificio para tener una pronta paz. Se esperaba que el rey, conmovido por el infortunio del emperador, hubiese dejado partir el ejército, y después hubiera visto que no se le había rendido el jefe de la Francia sino meramente un aventurero. El recado de Castelnau reveló la verdad. Descubierta la estratagemata, no quedó otra alternativa al general Wimpffen más que rendirse á discreción ó volver á empezar el combate, y por lo mismo exclamó: «Volvemos, pues, á la lucha,» á lo cual le contestó Moltke: «Mañana á las cuatro expira el armisticio. A las cuatro en punto romperé de nuevo el fuego.»

A estas palabras todos se levantaron para pedir sus caballos, y llamando todos obstinadamente dirigió otra vez Bismarck la palabra al general Wimpffen diciendo: «Sí, general; usted tiene soldados valientes y heroicos, y no dudo que usted hará mañana prodigios de heroísmo y nos causará pérdidas sensibles; ¿pero qué remedio traerá esto? Mañana por la noche no habrá usted adelantado absolutamente nada; solo tendrá sobre su conciencia la sangre de vuestros soldados y de los nuestros inútilmente derramada. No se deje usted dominar por un instante del disgusto para abandonar nuestro debate. El general Moltke le convencerá á usted de que toda tentativa de resistencia sería una necedad.»

Dicho esto ocuparon todos nuevamente sus asientos y el general Moltke volvió á decir: «Yo le repito á usted la seguridad de que le es imposible abrirse paso, aunque sus tropas ocuparan las mejores posiciones; porque aun prescindiendo de nuestra superioridad numérica y de nuestra artillería, ocupamos posiciones que nos permiten incendiar en pocas horas toda Sedan. Estas posiciones dominan todas las salidas por las cuales usted podría intentar librarse del cerco que le rodea, y son tan fuertes que es imposible tomarlas.»

El general Wimpffen contestó: «No son ustedes tan fuertes como dicen; estas posiciones...» Aquí le interrumpió

Moltke en tono acre: «Usted no conoce siquiera la situación topográfica de las inmediaciones de Sedan, y esta es otra circunstancia que demuestra la vanidad y la ligereza de su nación. Al empezar la campaña repartieron ustedes á sus oficiales mapas de Alemania, pero no pudieron estudiar la geografía de su propio país porque no tenían ustedes mapas para el caso. Pues bien, yo le digo á usted que nuestras posiciones no solamente son muy fuertes sino formidables é invencibles.» A esto nada supo contestar Wimpffen, porque era la verdad positiva, y después de una pausa dijo: «Haré uso, mi general, del ofrecimiento que usted me ha hecho al principio de la entrevista. Designaré á un oficial para que vea estas posiciones formidables de las que usted habla, y á su regreso verá lo que hay y tomaré una resolución.» A esto contestó secamente Moltke: «Usted no enviará á nadie, porque es inútil; usted puede creermelo, y además le queda á usted muy poco tiempo para reflexionar, porque son las doce de la noche; á las cuatro expira el armisticio y no le concederé á usted ni un momento de plazo más.»

Wimpffen renunció á ver las posiciones y suplicó que se le concediera solo tiempo para consultar con sus colegas, sin los cuales no podía tomar resolución; y siendo imposible encontrarlos á aquella hora en Sedan, era indispensable una próroga del armisticio. Moltke no quería ceder; pero á una indicación hecha en voz baja por Bismarck fué prolongado el armisticio hasta las nueve como último plazo, y con esto se separaron los conferenciantes á la una de la madrugada. Siendo ya segura la rendición, se redactaron en la misma noche en el cuartel real alemán las condiciones, por las cuales se ofreció á todos los generales y oficiales y á los funcionarios de categoría de oficial, en consideración á la defensa valiente del ejército, la libre salida con sus armas y su propiedad particular, en cambio de la obligación, bajo su palabra de honor escrita, de no hacer armas contra la Alemania hasta la conclusión de la presente guerra y de no proceder bajo ningún concepto contra los intereses de Alemania.

De regreso á Sedan corrió Wimpffen á ver al emperador, que ya se había acostado, y le dijo: «Señor, nos imponen para el ejército las condiciones más duras. En vano he procurado alcanzar otras más favorables. Cuento solo ahora con su solicitud personal para salir lo mejor que podamos de nuestra situación terrible.» Napoleón, enterado de todo, prometió pasar á las cinco de la mañana al cuartel general alemán y alcanzar del rey personalmente condiciones más suaves (1). Hecha esta diligencia se puso Wimpffen en camino para ir en busca de los generales de su ejército y reunirse en consejo de guerra.

Bismarck se hallaba todavía acostado cuando le comunicó el general Reille, á las seis de la mañana, que el emperador deseaba verle y que estaba ya en camino de Donchery. Al saber esto Bismarck se vistió á toda prisa y sin almorzar montó á caballo y se dirigió al encuentro del emperador. Apenas estuvo fuera cuando entró en el cuarto Mauricio Busch, donde encontró todo en desorden. En el suelo estaba el libro: *Consideraciones y textos diarios de la Hermandad*, correspondiente al año 1870; y en la mesita de noche encontró otro libro de devoción que tenía el título de: *Cordial diario del cristiano creyente*. Supo Busch por el criado de Bismarck, Engel, que estos eran los libros que el canciller solía leer por la noche.

El general Reille había partido en seguida para anunciar al emperador que el conde de Bismarck le seguía, y efectivamente, cerca de Frenois se encontraron (2). Napoleón es-

(1) Wimpffen: *La batalla de Sedan*, pág. 287.

(2) Relación del conde de Bismarck dirigida á S. M. el rey. Donchery, 2 de setiembre de 1870. Hahn, tomo II, pág. 109.

taba sentado en un coche abierto, con tres oficiales superiores y otros tres oficiales á caballo á ambos lados. Bismarck al llegar junto al coche se apeó de su caballo, se puso al lado de la portezuela y preguntó lo que el emperador tenía que mandarle. El emperador le expresó su deseo de ver al rey Guillermo, á quien suponía en Donchery, á lo cual le contestó Bismarck que el cuartel general del rey se hallaba á tres leguas de allí, en Vendresse. Entonces preguntó el emperador si el rey Guillermo había determinado ya el sitio adonde él había de dirigirse, y al mismo tiempo quiso saber sobre esto la opinión de Bismarck, de cuya pregunta infirió el canciller que el emperador temía por su vida. Bismarck, que fuera del punto de vista militar no conocía el país, no pudo hacer más que poner á disposición del emperador, por lo pronto, su propio alojamiento en Donchery. Aceptó el emperador y continuó lentamente su camino en dirección de Donchery; pero á unos cien pasos antes de llegar al puente del Mosa que conduce á la ciudad de Donchery mandó parar el coche delante de una casita aislada y preguntó si podía apearse allí. La casita estaba habitada por un tejedor belga, y al inspeccionarla el conde de Bismarck-Bohlen, que había entretanto llegado allí, resultó que la casita, si bien estrecha y pobre, no contenía heridos. Entonces se apeó el emperador; Bismarck le siguió á un pequeño cuarto en el cual no había más que una mesa y unas cuantas sillas de junco, y allí tuvieron una entrevista que duró una hora, en la cual el emperador se lamentó de la guerra funesta que él no había querido, pero á la cual le había obligado la presión de la opinión pública. Bismarck le contestó que en Alemania tampoco la había querido nadie, y menos que nadie el rey; porque en Alemania se había considerado la cuestión española como puramente española y no como alemana, y atendido á las buenas relaciones entre la casa de los príncipes Hohenzollern con el emperador, se había creído que éste se entendería fácilmente con el príncipe Leopoldo.

Después habló el emperador de la situación de las cosas, expresando el deseo de obtener condiciones más favorables para el ejército, sobre lo cual Bismarck no quiso decir nada por ser esta cuestión puramente militar que había de resolverse entre los dos generales apoderados. En cambio preguntó al emperador si estaba dispuesto á entrar en negociaciones de paz, á lo cual Napoleón contestó que él no era más que prisionero de guerra, sin poder ni autoridad, y que todo había de dejarse al gobierno de París. Con esta contestación acabó de poner enteramente en claro lo que en su escuela había dejado intencionalmente á oscuras; y el conde de Bismarck pudo entonces contestarle que según esto continuaba la situación exactamente en la mañana del día 2 en el mismo estado en que se hallaba en la noche del día anterior y que por lo mismo se hallaba el vencedor en la necesidad de exigir una prenda positiva para afirmar los resultados militares obtenidos. Entonces insistió el emperador en su deseo de ver al rey Guillermo personalmente, á lo cual le contestó Bismarck que difícilmente podría ser esto antes de firmar la capitulación. El emperador no se dió por satisfecho y continuó insistiendo y Bismarck dió siempre la misma contestación, añadiendo al fin que el propósito de tratar con el rey no daría tampoco ningún resultado desde que el mismo emperador había dicho que no tenía ningún poder y que el poder sobre el ejército y el país estaba en manos de la regente y de sus ministros (3). Entonces tomó la conversación un giro desagradable, lo cual fué al parecer causa de que el emperador propusiera al conde de Bismarck continuar la conversación al aire libre.

(3) Véase la comunicación de Bismarck al corresponsal del *Times* en el *Diario de la guerra*, pág. 132.

Así lo hicieron, sentándose los dos delante de la puerta, uno al lado del otro, y allí dijo el emperador lo que se había propuesto decir al rey Guillermo, á saber, si había medio de dejar pasar al ejército francés la frontera belga para ser allí desarmado é internado. Bismarck, que la noche anterior se había entendido también respecto de este punto con Moltke, se negó á entrar en esta cuestión como en todos los asuntos reservados á los militares, que tenían los poderes del rey; pero habiendo llegado, á las ocho, de la ciudad el general Moltke con algunos oficiales del estado mayor, le enteró el canciller del deseo del emperador, y despues de una corta conversacion partió Moltke para comunicar al rey este deseo, aconsejándole naturalmente que no aceptara tales condiciones.

Durante la pausa que ocurrió se presentó Mauricio Busch y segun refiere en su obra (1) vió salir detrás de la casita á un hombre de pequeña estatura con un kepis encarnado y adornado de un galon de oro; llevaba también pantalones encarnados y un sobretodo negro con capucha y forrado de encarnado. Aquel hombre se puso á conversar con los oficiales franceses que estaban sentados al lado de la carretera en el sendero que lindaba con un campo de patatas. Llevaba guantes blancos y fumaba un cigarrillo: era el emperador. Luego añade el citado Busch:

«Hallándome á distancia pude ver muy bien su cara. La mirada de sus ojos grises tenía algo de lánguida y de soñolienta, como sucede á las personas que han llevado una vida disipada; el kepis estaba un poco inclinado hácia la derecha, como lo estaba también la cabeza. Las piernas, cortas, no guardaban proporcion con el largo del cuerpo. Toda la figura carecía de aspecto militar, porque tenía algo de demasiado blanda, por no decir fofa, para el uniforme que llevaba. Al verle se le podría creer capaz de mostrarse sentimental en ciertas ocasiones. Todas estas observaciones se imponían á uno cuanto más miraba á aquel pequeño señor, semejante á un molusco, sobre todo si se le comparaba con la figura elevada y tiesa de nuestro canciller. El aspecto de Napoleón era el de una persona fatigada, pero no parecía por esto muy abatido ni de tanta edad como yo me había figurado; se le habría podido tomar por un hombre bien conservado que había pasado de los cincuenta años. Al cabo de un rato se dirigió al jefe, con el cual habló durante unos tres minutos, despues de lo cual volvió á pasearse de arriba abajo junto al campo de patatas, solo, fumando, las manos cruzadas detrás. Despues hubo otra corta conversacion entre el canciller y el emperador, entablada por el primero, al cabo de la cual volvió á hablar Napoleón con sus acompañantes franceses. Hácia las ocho y cuarenta y cinco minutos se alejaron Bismarck y su primo en la direccion de Donchery.»

Entretanto el general Wimpffen había celebrado en Sedan su consejo de guerra, para el cual se habían reunido en su casa á las siete unos treinta generales, á quienes informó con los ojos arrasados en lágrimas y con la voz interrumpida por los sollozos, de su entrevista con Moltke y Bismarck, solicitando despues su opinion sobre la rendición. El general Carray de Bellemare dijo que las condiciones impuestas eran inaceptables y que era menester defenderse en Sedan, á lo cual le contestó el jefe del estado mayor que en toda la ciudad no se encontraban víveres para más de un día. Entonces dijo el general Pellé que era menester hacer una salida; pero otros le observaron que todas las puertas de la ciudad estaban en manos del enemigo y que los prusianos eran los que habían dejado pasar por la mañana á los parlamentarios. Así se convencieron todos de que una nueva lucha sería solo una matanza inútil de millares de hombres y prevaleció la opinion

(1) *El conde de Bismarck*, tomo I, pág. 116.

de rendirse, á cuyo fin se redactó una declaración (2) firmada en nombre de todos los presentes por Wimpffen, Ducrot, Lebrun, Douay, Forgeot y Dejean.

No estaba concluida todavía la declaración cuando se presentaron á Wimpffen el capitán Zingler, del estado mayor del cuartel general alemán, con el general Reille para advertirle que á las diez volverían á empezar las hostilidades si hasta entonces no quedaba asegurada la conclusión del convenio, á lo cual contestó Wimpffen que el emperador había salido con el objeto de tener una entrevista con el rey de Prusia y que le había hecho prometer que no abandonaría la fortaleza antes de su regreso. A esto contestó el capitán que en caso de que el general se mantuviera en su declaración tenía orden de avisar á su regreso á las tropas alemanas delante de Sedan para que rompieran el fuego. Entonces se decidió Wimpffen á seguir al capitán al cuartel general alemán.

Al dirigirse á la quinta de Bellevue, mas arriba de Frenois, adonde se había trasladado el cuartel general alemán, encontró Wimpffen á Napoleón, que acababa de dejar á Bismarck, y le preguntó: «¿Qué ha alcanzado V. M., señor?» «Nada, contestó el emperador, el rey no quiere recibirme.» «Entonces está perdido todo y no puede aplazarse el convenio por más tiempo,» dijo el general, y entró en la quinta, donde estaba todo preparado para la firma del convenio tal como éste había sido redactado la noche anterior y tal como el rey lo había aprobado en Vendresse. A las once se firmó sin más objeción, porque el texto del convenio concedía más de lo pactado en la noche anterior y más de lo que podía esperarse, pues decía literalmente:

«Convenio. Entre los abajo firmados, el jefe del estado mayor de S. M. el rey de Prusia, general en jefe del ejército alemán, y el general en jefe del ejército francés, ambos con plenos poderes ya del rey Guillermo ya del emperador Napoleón, se ha pactado el siguiente convenio:

»Artículo 1.º El ejército francés á las órdenes del general Wimpffen, encerrado en el momento presente en Sedan por fuerzas superiores, es prisionero de guerra.

»Art. 2.º En consideración á la valiente defensa de este ejército, quedan exceptuados de esta condición todos los generales y oficiales, así como todos los funcionarios superiores con categoría de oficial, si se obligan bajo palabra de honor por escrito á no tomar armas contra la Alemania hasta el fin de la presente guerra, y á no hacer nada de ninguna manera contra los intereses de Alemania. Los oficiales y funcionarios que acepten estas condiciones conservarán sus armas y su propiedad particular.

»Art. 3.º Todas las demás armas y todo el material del ejército, como banderas, águilas, estandartes, artillería, caballos, cajas de guerra, carros del ejército, municiones, etc., serán entregados en Sedan á una autoridad militar nombrada por el general en jefe francés, para que esta autoridad los entregue sin demora al plenipotenciario alemán.

»Art. 4.º Hecho esto, será entregada la fortaleza de Sedan en su estado actual, lo más tarde al terminar el día 2 de setiembre, á S. M. el rey de Prusia.

»Art. 5.º Los oficiales que no acepten la obligación marcada en el art. 2.º, así como toda la tropa desarmada, serán conducidos por regimientos y ordenados militarmente, á su destino. Esta medida empezará á realizarse el 2 de setiembre y será concluida el 3 del mismo mes. Las secciones (prisioneras) serán conducidas al terreno rodeado por el Mosa cerca de Iges y entregadas á los apoderados alemanes por medio de sus oficiales, los cuales pasarán despues la órden á los sargentos.

(2) Se encuentra en la obra ya citada de Wimpffen.

»Art. 6.º Los médicos militares quedarán sin excepción para encargarse del cuidado de los heridos.

»Dado en Frenois el 2 de setiembre de 1870. — *Moltke.* — *Wimpffen.*»

A la firma de este documento histórico asistió también el conde de Bismarck, que en la relación que dirigió al rey nota especialmente que la conducta del general Wimpffen y de los demás generales fué en el acto de la firma, lo mismo que en la noche anterior, muy digna, aceptando también con agradecimiento la concesión de dar la libertad á los oficiales bajo su palabra de honor como muestra de la intención del rey Guillermo de no herir los sentimientos de un ejército, que con tanto valor había combatido, mas allá de lo que exigían forzosamente sus intereses políticos y militares. Este sentimiento expresó también posteriormente el general Wimpffen en una carta en la cual dió las gracias al general Moltke por las consideraciones que había observado durante las negociaciones.

A las once y media se presentaron el conde de Bismarck y el general Moltke, con el convenio firmado, al rey, que los aguardaba en las alturas que se elevan sobre Frenois (1). Estaban cerca del rey el príncipe heredero, el príncipe Carlos, el gran duque de Sajonia-Weimar, el príncipe Leopoldo de Baviera, el duque Ernesto de Sajonia-Coburgo, el príncipe Guillermo y el duque Eugenio; Erdmann de Wurtemberg, los grandes duques herederos de Sajonia-Weimar y de Mecklemburgo-Strelitz, el príncipe heredero de Hohenzollern y el príncipe de Augustemburgo. El rey se hallaba con estos príncipes delante, y detrás de ellos, formando semicírculo, estaban los generales, ayudantes, ministros, consejeros y los miembros de los cuarteles generales, en junto unas doscientas personas.

El rey hizo leer el documento á su ayudante el teniente general Treskow, y despues de la lectura dijo lo que sigue á los que le acompañaban: «Ahora conocen ustedes, señores, el gran suceso histórico ocurrido. Esto lo debo á los hechos eminentes de los ejércitos reunidos, á los cuales me siento impulsado en esta ocasión á dar mis reales gracias, con tanta más razón, cuanto que estos grandes triunfos son muy propios para consolidar la unión de los príncipes de la confederación del Norte con mis demás aliados, que veo en este grande momento reunidos á mi alrededor; de suerte que podemos esperar un porvenir feliz. Verdad es que nuestro propósito no queda todavía realizado del todo con lo que en este momento vemos, porque ignoramos cómo el resto de Francia tomará estos sucesos. Por esto debemos continuar arma al brazo, pero desde ahora doy ya mis gracias á todo el que añade una hoja á la corona de laurel y de gloria de nuestra patria (2).» Al decir esto alargó el rey la mano al príncipe Leopoldo de Baviera y al príncipe Guillermo de Wurtemberg (3).

Firmado el convenio, no se oponía ya nada á la entrevista

(1) Así lo refieren los dos Hassel y Archibaldo Forbes en sus obras respectivas como testigos oculares, mientras Fontane dice equivocadamente que el rey aguardaba en la altura de Donchery.

(2) El consejero Luis Schneider tomó nota de esta alocución y la publicó despues en su obra: *Vida del emperador Guillermo*, tomo II, página 217.

(3) Inmediatamente despues de esta escena dirigió el rey el conocido telegrama á la reina, concebido en estos términos: «Delante de Sedan, 2 de setiembre, á la una y veintidos minutos de la tarde. — Acaba de pactarse con el general Wimpffen, que tiene el mando en lugar del mariscal Mac-Mahon, herido, una capitulación por la cual queda prisionero de guerra todo el ejército de Sedan. El emperador se ha rendido solo á mí mismo, porque no tiene mando, y ha dejado todo á cargo de la regencia de París. Fijaré su residencia tan luego como haya hablado con él en una entrevista que debe celebrarse ahora mismo. ¡Qué giro, gracias á la dirección de Dios! — *Guillermo.*»

del rey con Napoleón, quedando solo que resolver la cuestión de etiqueta: si el vencedor iría á recibir al vencido ó vice-versa. Si Napoleón hubiese sido el vencedor, no habría titubeado en añadir esta humillación pública á la desgracia del adversario indefenso. El príncipe heredero desaprobó la idea demasiado humillante de hacer que Napoleón, desde Bellevue, donde se le había designado alojamiento, acudiese á la altura donde se hallaba el rey á la vista de las tropas, y recomendó al rey que bajara á Bellevue y se dirigiese adonde estaba Napoleón. El rey comprendió que esto no era ninguna mengua para él como soberano y vencedor, y marchó con el príncipe heredero, su estado mayor y la escolta de costumbre á la quinta de Bellevue, recibéndole el emperador á la entrada de la galería del mirador, vestido de grande uniforme. El príncipe real cerró las puertas, quedándose delante de la entrada por vía de centinela, mientras las personas que rodeaban á Napoleón pasaron al jardín, excepto los generales Reille, Aquiles Murat y Davillers, que hicieron compañía al príncipe real. El rey comunicó, despues de la entrevista, al príncipe real el curso de la conversacion, y éste lo comunicó al corresponsal del *Times*, que enteró de ello al público en general. Combinando la relación del citado corresponsal con las notas apuntadas por el príncipe real en su diario, resulta lo siguiente (4):

El rey empezó diciendo que despues de haber concedido Dios la victoria á sus armas en la guerra que se le había declarado á él y despues de haberle ofrecido el emperador su espada, había ido para preguntarle cuáles eran ahora sus intenciones. Napoleón le contestó que dejaba al rey el disponer de su porvenir. Este contestó que veía á su adversario con sincero sentimiento en semejante situación, tanto más cuanto que no ignoraba que no le había sido fácil decidirse por la guerra.

Esto hizo un gran bien á Napoleón, que replicó calurosamente que, al decidirse por la guerra, había cedido únicamente á la presión de la opinion pública, á lo cual replicó el rey: «La culpa de haber tomado este giro la opinion pública la tuvieron aquellos que V. M. eligió por consejeros.»

Esta contestación produjo una pausa penosa, lo cual observado por el rey dijo, para dar mejor giro á la conversacion, que el ejército francés había peleado con gran valor, á lo cual contestó el emperador: «Sí, pero las tropas de vuestra majestad tienen una disciplina que en los últimos tiempos ha faltado á mi ejército.»

El rey dijo entonces que el ejército prusiano se había apropiado desde años antes todas las ideas nuevas y había tenido la vista atenta sobre todos los progresos verificados por las demás naciones antes y despues del año 1866.

«Vuestra artillería, señor, dijo Napoleón, ha ganado la batalla; mis tropas no han podido resistir á su fuego. La artillería prusiana es la más hermosa del mundo.» El rey repitió, inclinándose, que el ejército prusiano se había esforzado en aprender de la experiencia de otras naciones. Entonces dijo el emperador: «El príncipe Federico Carlos decidió la jornada. Fué su ejército el que tomó nuestras posiciones.» A esto contestó el rey sorprendido: «¿El príncipe Federico Carlos? No comprendo á V. M. Fué el ejército de mi hijo el que combatió cerca de Sedan.»

(4) «¿Qué encuentro! — dice Archibaldo Forbes en su ya citada obra: *El emperador Guillermo*, pág. 301; — de una parte el jefe del ejército alemán, hombre de estatura elevada y actitud tiesa, robusto, de anchos hombros, de ojos azules brillantes con la convicción del triunfo y las mejillas encendidas; y de otra parte el emperador francés en actitud inclinada, la faz terrosa, los labios trémulos, la cabeza descubierta y el pelo enmarañado. Cuando los dos se dieron la mano sin decir una palabra, cubrió Napoleón sus ojos con su pañuelo y en la cara de Guillermo se leía la conmoción profunda que le agitaba.»